

La educación política

Comunicación al Congreso de Lausanne III

por

MARCEL DE CORTE

Profesor de Filosofía de la Universidad de Lieja (Bélgica)

LA EDUCACION POLITICA

1) Según la tradición bimilenaria de Occidente, la sociedad política y el Estado, que está en su cima —entendiéndose por tal al verdadero Estado—, son resultado de la *naturaleza* misma del hombre, que no puede hallar su plenitud sino en este tipo de comunidad organizada en la cual se desarrollan plenamente sus facultades. La sociedad política y el Estado presuponen pues la existencia de agrupaciones sociales naturales en las que se manifiesta la aspiración espontánea del hombre a la vida social.

La fórmula de Aristóteles: “la sociedad política está compuesta por familias”, condensa en su brevedad el movimiento de la naturaleza social del hombre desde el primer conjunto estructurado, donde ya se despliega hasta la última organización, donde se acaba. La familia, el pueblo, el burgo, el municipio, la ciudad, la región, la provincia, etc., son radicalmente y en diversos grados de elaboración, comunidades naturales que el arte humano ha conformado y perfeccionado indudablemente, pero que son el producto de una orientación inicial, fundamental y espontánea hacia la vida social cuyo término es la sociedad política, el Estado —me refiero al verdadero Estado otra vez— no es tanto el resultado de la deliberación del cálculo y la ficción como de la naturaleza y de la vida mismas, que, en el hombre, son esencialmente *sociales*. La comunidad política ya está presente, envuelta en el querer social del hombre, que apunta a ella a través de la familia en la que nace.

Tomemos de nuevo otra fórmula admirable de Aristóteles: un deseo de perfección trabaja en el hombre, que va desde el *vivir* al *vivir mejor*. Para conseguir y conservar el *vivir*, es preciso que el hombre esté integrado en una familia. Para desarrollar sus facultades y *vivir mejor*, es preciso que pueda participar en el conjunto de intercambios materiales, intelectuales y esperituales que solamente puede asegurarle la sociedad política. “Lo mejor que hay —escribe Santo Tomás— es necesariamente el fin y mueve en última instancia a las voluntades. Pero, como la posesión de los suficientes bienes de la vida es ciertamente lo mejor que puede desearse, la ciudad, que por esencia misma es la comunidad capaz de asegurar esta suficiencia, resulta representar el fin

al cual aspiran todas las formas particulares de asociación" (*In Pal.*, I-II, 33).

De la familia al Estado, pasando por todas las asociaciones naturales, un mismo querer de la naturaleza se manifiesta: una mutua espontánea aspiración a ser y a ser mejor se realiza un mismo deseo natural de perfección se cumple. Sin las comunidades naturales que la componen, la sociedad política no sería más que artificio y convencionalismo, es decir, caricatura, imagen paródica e ilusión de sociedad, no sociedad verdadera.

2) Si esto es así, la educación política y la selección que deriva de ella se efectúan normalmente en comunidades naturales.

Diferentemente a otros seres de la naturaleza que se vuelven lo que son, como si dijéramos de una vez, desde su nacimiento, el hombre no se vuelve animal político más que al final de un largo esfuerzo de educación que vuelve a empezar y se prolonga de generación en generación y que consiste en llevar al buen fin, que es capaz de lograr en las circunstancias determinadas, el impulso primero de su naturaleza infalible. Así como un cuerpo pesado no puede librarse de la ley de la gravedad, yo no puedo tampoco sustraerme a ese impulso primordial que me incita a vivir y a vivir mejor. Pero este impulso original es demasiado débil para lograr por sí solo este fin. Necesita el refuerzo interno de la educación para alcanzarlo. Naturaleza y educación son las causas complementarias de la vida en sociedad.

La primera es el principio fecundador, que da inicio, que dibuja el camino. La segunda organiza, desarrolla y expande las virtualidades incluidas en el querer de la Naturaleza. Inventa los medios más eficaces para llevarla a su fin. Empieza así en la primerísima de todas las sociedades naturales: la familia. Ahí tiene su fuente la educación política, y ahí se alimenta constantemente. Ahí se esboza, se forma y se transmite. Ahí encuentra y redescubre sus raíces. Hay que decir incluso que si la Sociedad política se deshace, es en las familias, y con el esfuerzo educador hacia el vivir mejor de la misma que anime a sus miembros, como puede ser rechecha. "La vida privada —escribía Péguy— discurre bajo la vida pública, conserva, sostiene, lleva, soporta y nutre la vida pública ... lo privado es el tejido mismo. *Pública*, las misiones públicas, sólo son emergencias, eminencias. Las vocaciones públicas, las misiones públicas, no son más que islotes, lo privado es el mar profundo".

Pero este profundo mar es misterioso, inefable, indecible. Es un mar interior del que apenas se puede dar una idea. Mientras la sociedad pública es la más alta y más completa manifestación de

la comunidad de destino, y también la más precaria y la más fácil de caricaturizar —véase el frecuente viraje del patriotismo al "chauvinismo", al jacobinismo, al totalitarismo— la familia es, en sí, la más elemental y más sencilla forma de sociedad natural. El ente familiar es secreto como la misma vida, como la naturaleza que según Heráclito gusta esconderse. Lo profundo es aquí lo enesencial y es lo inaccesible. El ser familiar está formado por relaciones imponderables, incuantificables, difíciles de traducir a un lenguaje conceptual.

¿Cómo expresar entonces y sin traicionarla, la educadora enseñanza que la familia ejerce en materia política? ¿Acaso no es en ella donde aprendemos, sin saberlo, *este arte de vivir los unos con los otros* sin el cual no hay sociedad política posible? "En el seno de nuestras familias es donde empiezan nuestros afectos políticos", anotaba Burke, y Augusto Comte añadió que "la eficacia moral de la vida doméstica consiste en formar la única transición natural que puede habitualmente librarnos de la pura personalidad para elevarnos gradualmente hasta la verdadera sociabilidad".

En esta banal afirmación se esconde un tesoro inagotable.

En efecto: ¿Qué es lo que nos enseña a vivir los unos junto a los otros si no es el recibir una educación política bajo sus formas más diversas? Educación de la amistad, de la obediencia, de la confianza, educación de la colaboración, de la abnegación, de la responsabilidad, educación de la justicia, de la generosidad, del espíritu de economía, del respeto de la piedad hacia las tradiciones, de la inteligencia y de la voluntad, educación de la cotinuidad temporal por el recuerdo del pasado, por la ocupación del presente, por la preocupación del porvenir; educación en el espacio social por las relaciones con los próximos, los colaterales, los consanguíneos, los uterinos, los allegados, los emparentados, etc. No acabaríamos de enumerar las facetas de la educación con resonancia política que la familia dispensa, con inagotable prodigalidad, sin el menor plan preconcebido, en función de las necesidades siempre cambiantes de la vida, con una capacidad creadora y un poder de invención que surge improvisadamente, que confunden al observador bajo la imperiosa presión de la *naturaleza social misma del hombre* actuando en cada miembro de la comunidad familiar y de la *naturaleza de los seres, de las cosas y de los acontecimientos* con los cuales cada uno de ellos se halla confrontado.

Nada es menos estático que la familia: todo está en ella moviéndose, iniciativa, actividad, novedad. Nada en ella responde

a un plan preconcebido: todo está, por así decir, librado a la improvisación. Y, sin embargo, la educación que irradia obedece a una "idea directriz" vivida: la consolidación del ser y del ser mejor del grupo y de cada uno de sus miembros. La persona no se desarrolla aquí más que en sus relaciones con un "Bien común" que la sobrepasa y la constituye.

Toda la educación que recibe consiste en el hábito de los sentimientos sociales en su nivel más natural, menos artificial; nadie puede disimular su egoísmo eventual bajo una máscara en una agrupación donde queda perpetuamente controlado. ¡Ningún fingimiento es aquí posible ni duradero! El animal social comprometido en la disciplina de la vida en sociedad, en la mejora de sus relaciones con los demás, en la subordinación de sus instintos, emociones y pasiones a la razón y la voluntad, aparece al desnudo, en el estado auténtico, tal como es realmente sin el maquillaje de los sistemas y de las ideologías.

En la familia, aprendemos con tanta facilidad como respiramos el aire ambiente, que el *ser social* y el *deber social coinciden*. El imperativo social no se impone aquí a mis actos desde fuera, surge del interior de *mi mismo ser*. La vida de familia inclina al hombre a reconocer, por lo menos en sus actos, que la obligación social se identifica con la espontaneidad misma de su ser: *Debes porque eres*.

El hombre *acepta* aquí, bajo el efecto de la educación "climática" en la que está bañado, su naturaleza social y sus deberes sociales hacia los suyos, como se acepta a sí mismo. No está obligado a escoger entre varias familias. Sólo tiene una. No le toca escoger a los que le rodean: le son dados. Así aprende a consentir a las sociedades mayores en las que se integra y especialmente a su patria, que no es para él objeto de elección y que constituye la peana de la sociedad política de la que es miembro.

¿Cómo comprender la tierra de los padres sin referencia a la familia? ¿Cómo sustraerse a la obligación de amarla que se inicia en la familia sin conmover por ello los fundamentos de la comunidad política?

Pero el papel educador de la familia en materia política no se limita a esto. La familia nos enseña a suscribir, sin reservas, lo que es el alma misma de toda sociedad organizada: *La jerarquía definida por los servicios que presta*.

La igualdad que fascina a nuestros contemporáneos es la definición de la muerte social. ¿Qué intercambios habría en una asociación de iguales, fuera de los de un comercio verbal, falaz y vano? El intercambio exige la diferenciación, y la diferencia-

ción a su vez exige la jerarquía en la cumbre de la cual el intercambio se convierte en don. Nunca será excesivamente subrayado que la comunidad familiar es aquella en la que los padres dan siempre, sin nunca recibir de sus hijos, a cambio, cosa alguna fuera de las señales de afecto. Los servicios y bienes que los padres proporcionan no tienen reciprocidad por parte de sus hijos. Sólo más tarde, cuando ellos mismos hayan fundado un hogar, los hijos se volverán donantes. La reciprocidad del *quid pro quo* se extiende en la sucesión.

Ahí está la esencia misma de la jerarquía: *el verdadero jefe es aquel que da sin recibir a cambio o aquel cuya liberalidad es sin medida común con lo que recibe*, pues ordena en el doble sentido de ordenamiento y de mandato, sin el cual toda sociedad se desmorona, y él es el único que puede hacerlo.

La sociedad familiar es, en este sentido, el modelo de la sociedad política ideal donde el jefe identifica su interés personal al interés general del que es clave, hasta el punto de que el primero queda anegado por el segundo: "el bien público para el cual únicamente hemos nacido" escribía, magníficamente, Luis XIV a su nieto. *El paternalismo del que estúpidamente se ríe nuestro tiempo, es el elemento esencial de las sociedades humanas y cuya continuidad engendra la continuidad de la sociedad política.*

Uno de los principios más importantes de la política y cuyo origen se halla en la familia que lo imprime, en todo ser humano, mediante la educación, es el de que la mayoría de los hombres necesitan un "protector", un hombre con suficiente ascendiente sobre los demás para ayudarles a consolidar su naturaleza social demasiado fluida, para ayudarles a resolver los problemas que presenta su inserción en las comunidades más amplias y para ayudarles a aclarar la incógnita que para ellos representa su relación con agrupaciones extranjeras.

La imagen del padre está siempre presente en la autoridad generadora y protectora del orden. Es la que determina la selección de los individuos que asumen esta carga. Lo que da notoriedad a los "notables", a aquellos que ejercen cualquier poder en la sociedad política, es su capacidad de dar servicio a modo de padre. Se dirige uno a ellos en las dificultades de la existencia. Se les reviste de este modo de una autoridad política. Las "autoridades sociales", según Le Play, son precisamente las familias cuyos miembros, por el hecho de una educación llevada más allá de la generación presente y que se ha hecho hereditaria, han contraído el hábito de darse socialmente y por ello gozan de la estima general y adquieren así el derecho de mandar.

Augusto Comte, con su habitual penetración, ha visto claramente que la relación de padre a hijo condiciona toda la vida social y política: "como hijos, aprendemos a venerar a nuestros superiores... pero es la paternidad la que nos enseña *directamente* a amar a nuestros inferiores."

La relación jerárquica entre superior e inferior, de la que ninguna sociedad puede prescindir está, pues, enraizada en la familia, que por ello es el elemento esencial de la comunidad política. Saca su fuerza de la permanencia de los poderes complementarios de la naturaleza y de la educación en la familia, pues la naturaleza prescribe la protección del hombre por el hombre, sin la cual no habría ser humano que pudiese *sobrevivir, haciendo pasar del hombre al hombre* la esencia misma de la sociabilidad.

Ella es así, el lugar en el que se realizan y transmiten de modo indivisiblemente biológico y humano, las experiencias fundamentales que constituyen la osamenta de toda comunidad.

El tiempo es escaso para extraer todas las implicaciones de la naturaleza y de la educación en las demás asociaciones naturales o seminaturales que abundan en toda sociedad viviente. Sería fácil demostrar que las características fundamentales de la sociedad política se encuentran en ellas. Sin las aportaciones que proporcionan las comunidades que envuelven inmediatamente al hombre desde su nacimiento, como la familia, la patria chica y grande, y sin aquellas que fluyen de esa marca tan indeleble como la del nacimiento, como es la vocación a un oficio o una profesión, sin el juego recíproco de la naturaleza y de la educación en estas sociedades en las que el hombre es educado, lo quiera o no, llegaríamos desprovistos, débiles, inertes e inermes a la gran sociedad política, que el deseo de perfección que trabaja en nuestro interior, nos conmina a edificar y cuyo peso nos aplastaría.

Sin embargo, esta es la loca aventura a la que el género humano se ha lanzado desde hace dos o tres siglos. No se gritará nunca excesivamente alto que la destrucción de las sociedades naturales emprendida en el siglo XVIII en beneficio de un ser políticamente inexistente, o sea del *individuo*, separado de su cuerpo carnal, separado de sus cuerpos adicionales que son sus comunidades de destino, reducido a su condición de razón pura y de buena voluntad, sin objeto, ha vaciado la gran sociedad política y el Estado de toda su substancia, para no dejar más que su caparazón decorativo y su aparato coercitivo.

Ya no estamos en sociedad desde la Revolución francesa. Hacemos como que vivimos en una *disociedad* más y más visible que es coronada por un Estado, pero un Estado transformado,

que de órgano superior de la sociedad política, pasó a ser un instrumento de dominación que encapsula y aprisiona a los pseudo-ciudadanos, en que nos hemos convertido, en el mecanismo implacable de su poder de sujeción, del que las ambiciones de poder desencadenadas por el mundo se disputan los puestos de mando.

Al antiguo Régimen desaparecido no ha sucedido Régimen alguno. La sociedad del Antiguo Régimen no ha sido sustituida por ninguna otra sociedad provista de un Nuevo Régimen. Sólo subsiste, desmesuradamente acrecentada, endurecida, obesa, la forma del Estado que encierra en su cáscara fantasmas humanos que se agitan, gesticulan, discurren y parlotean, se hacen y deshacen al impulso de los manipuladores de la máquina pseudo-social en la que están aprisionados.

Una verdad tal, fuerte, relampagueante, solar, parece una paradoja. Pero nada hay de eso. Se muestra. Se demuestra.

Para empezar, estalla a la vista de los menos avisados a medida que los recursos sociales acumulados por la tradición se van secando en nosotros, a medida también que la espontaneidad de nuestras relaciones sociales, naturales, agotando la velocidad adquirida, desembocan en el anquilosamiento político más impotente que se haya visto. Para andar "socialmente" necesitan nuestros contemporáneos abundantes muletas. Doquier se dibujan por "expertos", aparatos de prótesis en esos laboratorios del Estado. Se fabrican en la más gigantesca sociedad anónima especializada en leyes y reglamentos que el mundo conoció, y que se llama "la democracia" moderna y que reemplaza a las desaparecidas sociedades naturales. La más formidable burocracia de todos los tiempos los pone a la obra. Se sustituyen a las lentas y pacientes creaciones de la vida social. En resumen, lo artificial tiende a expulsar lo natural por todas partes.

El aparato del Estado moderno invade progresivamente todas las canalizaciones humanas, desde el nacimiento del ciudadano, hasta su muerte. Antaño, frenado todavía por las autoridades sociales, hoy ya no encuentra resistencia ante él.

La fascinación que ejerce su maquinaria sobre los ánimos es tan fuerte que se acaba de imponer, tal cual, *a priori*, como el molde, como una prensa de troquelar a agrupamientos heterogéneos, helados en el arcaísmo cuyos miembros son mentalmente los menos adaptados para recibirlo. Es el fenómeno verdaderamente trágico del surgimiento de nuevos Estados, salidos de la descolonización, el que aquí invoco, y que atestigua la asombrosa estupidéz política de nuestro siglo xx. La descolonización ha construido enteramente, partiendo de la nada social, unos Estados que

no son más que *Estados sin sociedad, sin siquiera sociedad política, a no ser ficticia e irrisoria, que pueda servirles de osamenta*: “Los nacionalismos sin nación.”

Nuestra situación es idéntica. Basta abrir lo ojos para constatarlo. El movimiento normal de la acción comunitaria *que va de abajo a arriba*, de las peticiones iniciales de la naturaleza a las sociedades naturales o semi-naturales que el arte de los hombres ha codificado con piedad y a la sociedad política que les agrupa bajo la soberanía del Estado, *se han invertido*. Eso funciona desde ahora de *arriba a abajo*, desde el Estado directamente a los individuos aislados, perdidos en una especie de *no man's land* social, y que intenta vanamente “socializar” fabricando artificialmente un sistema aparente de existencia comunitaria cuyos “seguros” llamados “sociales” constituyen el engranaje principal y que justifican la profecía de Goethe: “El mundo se convertirá poco a poco en un inmenso hospital en el que cada cual será enfermero de su vecino”.

La decadencia de las instituciones parlamentarias y su puro sobrevivir decorativo prueban, manifiestamente, que ya no hay sociedad política que sostenga al Estado. Se ve demasiado claramente que el principio fundamental de la democracia: “todos los poderes emanan de la nación” no tiene ya significación alguna, ni alcance real. No hay ya ninguna persona sensata que pueda hoy dar el menor crédito al “dogma de la soberanía del pueblo”. Esta soberanía pudo, sin duda, existir cuando había aún una aristocracia de “notables” que representaban las fuerzas sociales auténticas aún subsistentes. La observación más rudimentaria del fenómeno político moderno muestra que el pueblo, condicionado por las propagandas, no es siquiera soberano en el momento de votar, momento en el que abandona su poder en beneficio de sus mandatarios.

Está manejado desde el exterior por los manipuladores del sistema electivo. “Siempre —escribió Proudhon, que fue diputado durante una legislatura—, a pesar de los principios, el delegado del soberano será dueño del soberano. La nuda soberanía, por decirlo así, es algo más ideal que la nuda propiedad.

El abandono de la soberanía se ha proseguido desde entonces: el representante del pueblo se ha despojado de su autoridad real en provecho de una minoría que dispone de la “sala de maquinaria” del sistema. En las democracias llamadas liberales, el poder se halla efectivamente ejercido por una pluralidad de grupos de presión, en las democracias totalitarias o en las que marchan hacia el totalitarismo, está detentado por los miembros del Partido,

por un gobierno colegial que conoce las leyes muy simples del funcionamiento de este tipo artificial y sin misterio de "sociedad", o también por un *gang* de tecnócratas mandados por un jefe cuya autoridad no encuentra más entorpecimiento que la pesadez y complejidad de la maquinaria estatal que pone en marcha.

Para el Estado contemporáneo y sus manipuladores, la democracia no es sino un maquillaje, un afeite, un adorno destinado a engañar a los últimos devotos de una religión que ya expiró y que entró en su fase convencional de rigidez ritualista. Bajo este caparazón del Estado, en el siglo xx, lo que el observador descubre es tan sólo una sociedad que no representa nada, una *disociedad*, una "sociedad" que nada debe ya a los impulsos originarios de la naturaleza social del hombre y que los sociólogos han denominado *sociedad de masas*, definida por la simple yuxtaposición de sus miembros, todos homogéneos como las moléculas de un mismo cuerpo material, todos igualmente desvitalizados, reducidos al estado de insectos, o más exactamente al estado de *cosas* a las cuales el Estado asegura una administración.

Colocado ante una colectividad donde ya no hay comunidades naturales sino individuos, el Estado adquiere una extensión ilimitada. Un Estado que corona una *disociedad* está fatalmente abocado a ser, él solo, toda la sociedad y a asumir todas las funciones sociales que la naturaleza ha concedido al hombre. "El Estado trabaja para la felicidad de los hombres, pero quiere ser el único agente y árbitro de esa felicidad; provee a su seguridad, a sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige su industria, regula sus sucesiones, divide sus herencias; ¡sólo le falta redimirle enteramente de la inquietud de pensar y de la pena de vivir! Así resulta que cada día hace menos útil y más raro el empleo del libre albedrío; que encierra la acción de la voluntad en un espacio cada vez menor, y que poco a poco escamotea a cada ciudadano hasta el uso de sí mismo." Este texto de Tocqueville tiene más de un siglo. Describe exactamente el nuestro.

Salta a la vista que el crecimiento del Estado totalitario es correlativo al declive de la educación política que tiene su asiento en las comunidades naturales. En éstas se articulan el complemento de la razón y de la voluntad con los impulsos de la naturaleza y se contraen hábitos, comportamientos típicos, conductas sumisas a normas bien cognoscibles que logran que los actos de cada uno de sus miembros puedan ser previstos por los demás y que reine entre ellas un cierto orden en forma permanente mientras las relaciones sociales se fundan en la seguridad de que el asociado no engañará a su socio. La educación ha engendrado

costumbres comunes que hacen que el curso normal de las cosas esté raramente perturbado y que la autoridad no se ejerza, en el pleno sentido de la palabra, más que excepcionalmente, para ordenar o defender. Las costumbres que destilan continuamente las comunidades naturales, facilitan en grado sumo el gobierno de la sociedad política y lo convierten incluso en superfluo mientras el curso de las cosas permanezca normal. Cuanto más constantes y arraigados sean los usos y costumbres, tal como es norma en las asociaciones donde la naturaleza posee la iniciativa, menos podrá lanzarse el poder soberano en la carrera hacia el absolutismo que le es característico cuando queda abandonado a sus propias fuerzas. Es la educación no el poder político del Estado lo que dicta al ciudadano lo que se debe hacer y lo que no debe hacerse.

Todo Estado construido sobre las comunidades naturales y sobre la educación que ellas difunden, ve así reducido su poder a su justa medida; y este poder es pocas veces sentido como una fuerza exterior a los ciudadanos. Por el contrario, todo Estado sin sociedad es automáticamente un Estado coercitivo, policíaco, armado con un arsenal de leyes y reglamentos con los que se encarga de dar un sentido a las imprevisibles y aberrantes conductas de los individuos. Su tendencia al totalitarismo está en proporción directa a la debilitación de las comunidades naturales, a la ruina de las costumbres, al desmoronamiento de la educación. En el límite "el grueso animal" político del que nos habla Platón, el terrorífico Leviathan social que conocemos, sustituye a las autoridades moderadoras que imprudentemente han sido eliminadas por una Constitución o una legislación insensata.

3) Tal transformación, iba a decir tal mutación, presupone un trastorno completo del espíritu humano y de sus tendencias esenciales, que ha provocado por un acontecimiento capital sobre el que no he cesado de llamar la atención en el curso de mi carrera filosófica: *la ruptura de la relación fundamental del hombre hacia el prójimo, hacia el universo y hacia el Principio del ser, que es la característica de la edad moderna.*

El ser humano surge en un mundo físico, metafísico social, político y religioso, que él no hizo, y con el cual entra en contacto inmediato desde el momento de su nacimiento y a lo largo de toda su vida. *Esta relación fundamental constituye al hombre.* Es anterior a todo conocimiento y a toda actividad. En cierto modo está sellado en el fondo mismo de nuestro ser con el cual nace uno. La función capital de la inteligencia es la de conocerle y descubrirle, conformándose a él y mediante esto situar adecuadamente al hombre en el universo. Nuestro ser está funda-

mentalmente en relación con el ser universal, y el conocimiento, incluido el de uno mismo, no es en el fondo sino el descubrimiento de esta relación. Es esencial para el hombre, como para todo ser, —excepto para Dios, único que se basta a sí mismo—, el *ser* con todos los demás.

Es esta relación fundamental la que fue rota en la época moderna. La mirada del hombre se volvió inmediatamente hacia el hombre. El hombre se volvió de espalda al universo para apoderarse desde el principio de sí mismo como única y sola realidad: *Cogito ergo sum*. El hombre se erigió así como centro del mundo por la única facultad que, debido a su espiritualidad, es capaz en él de replegarse sobre sí misma: por su inteligencia.

A partir de esta ruptura, la Inteligencia reina, no ya sobre la realidad de la que se ha librado como quien abandona un peso intolerable, sino sobre el pueblo de sus sueños. Pues el hombre no puede vivir sin un mundo alrededor suyo. Su decisión de romper las ataduras que le unen al mundo y a su Principio le obliga a un trabajo gigantesco, siempre vuelto a empezar: construir un mundo nuevo, un hombre nuevo, una nueva sociedad e indudablemente un nuevo dios, partiendo solamente de las exigencias de la razón humana. La inteligencia ya no se conforma a la realidad, es la realidad la que debe conformarse a la inteligencia, y sólo puede hacerlo si la inteligencia la refunde, la re-modela, la vuelve a crear para hacerla corresponder al modelo perfecto del mundo que forjó en su seno.

Rehacer la obra de los Seis Días y modelar un nuevo Adán, construir un nuevo Paraíso terrenal, he aquí el trabajo de Sísifo, en el que el hombre desde ahora está comprometido. Ya no obtiene sus ideas induciéndolas del mundo. Engendra al mundo partiendo de la idea que de él se hace.

He aquí cómo aparece por primera vez en la historia una nueva clase dirigente: la de los especialistas de la inteligencia.

Se puede asignar a ese cambio una fecha bastante precisa: el siglo XVIII. Desde entonces, las riendas que conducen la vida humana son tomadas por una nueva aristocracia: el partido intelectual como le llamaba Péguy, la *Intelligentsia* en el sentido ruso, los mandarines de Simone de Beauvois. Las gentes de letras, los artistas, los publicistas, los sabios, los filósofos, los más innumerables autores de los planos de la Ciudad futura, los fabricantes de ideologías, todos aquellos que Thibaudet agrupa en su "República de los profesores" y que, en nuestros días, son los tecnócratas especialistas de la "razón práctica", de la economía, de la política, y que dan al hombre moderno sus mensajes, mandamien-

tos, peticiones, directrices y consignas. Se creen revestidos de una misión: la de reformar las costumbres, la de cambiar las ideas y los gustos, la de proponer e imponer un nuevo concepto del hombre, de la sociedad y del mundo. Desde el siglo dieciocho hasta hoy, los intelectuales profesionales monopolizan la inteligencia, anatematizan o prohíben todas las formas de inteligencia (y de sentido común) que no se ajustan al canon que ellos decretaron, timpanizan, regentan y pretenden gobernar dictatorialmente a los demás en nombre de la ideología que eligieron.

No existe otra época de la historia en la que la humanidad hipnotizada haya reconocido a los "letrados" tan exorbitante privilegio: sus hermanos chinos sólo fueron frágiles esbozos.

El arte de vivir en sociedad, la educación política, los hombres de carne y hueso han sufrido y sufren aún desastrosas repercusiones.

La negación del "lazo nupcial" que une el hombre al universo desde su llegada al mundo, ha acarreado la desestimación de esta experiencia vital que lastra con un peso real todas las facultades, las acciones y las empresas humanas. La inteligencia del hombre, en particular, renuncia a recibir activamente por medio de este cordón umbilical, que la une con el mundo, la realidad de los seres y de las cosas. Retrocede hasta la tarea de conocer el universo en su *dimensión ontológica*. La filosofía práctica y teórica, la concepción del hombre, del mundo y de Dios no proceden ya de la experiencia sino que son prefabricadas mediante la razón, admitidas o rechazadas según su conformidad o no conformidad a las normas dictadas por el espíritu, autónomo, sometiéndolo todo a sus métodos, a sus procedimientos, a su legislación universal. Y ya que el hombre, según la expresión de Meyerson, hace filosofía igual que respira, todo sucede como si el hombre, aislándose de la atmósfera, se fabricase su oxígeno en recinto cerrado, y diese así vida a su propia sangre sin recurrir más que a sí mismo. Todo proviene del hombre y al hombre vuelve, en un ciclo perfecto que sólo la presencia del hombre real, del mundo real y de Dios está interrumpiendo todavía, por lo cual se pretende eliminarlos totalmente o volverlos a modelar según los imperativos de la razón humana.

Este es el tipo de pensamiento que prevaleció desde el siglo dieciocho hasta nuestros días, en los medios intelectuales; entre los sabios y los técnicos, entre los hombres de letras, oradores, sofistas y hasta entre los teólogos; en una palabra, entre todos aquellos que disponen de una influencia cualquiera sobre la opinión pública. Casi ha eliminado ya de la política y de

la moral, la noción capital de experiencia sobre las que se fundan.

Su triunfo está ligado a una aparente facilidad que otorga, en cambio, a quienes le valorizan. Resulta, en efecto, infinitamente más fácil la construcción de un modelo que se pretende lógico, coherente e infalible del hombre y del mundo, un espécimen de humanidad y de universo debidamente patentado por "la filosofía" y por "la ciencia", un patrón con el que se podrán cortar un número ilimitado de ejemplares, que obtener de la experiencia humana las enseñanzas que contiene y que permiten al hombre el realizar su destino de hombre al integrarlas en su esfuerzo personal.

Leibnitz, en su opúsculo titulado *Status Europae incipiens novo saeculo*, definía, con ejemplar lucidez, la mutación obrada en su siglo e iniciada hacia el final del siglo diecisiete: *Finis saeculi novam rerum faciem aperuit*. Paul Hazard la denominó magistralmente "La crisis de la conciencia occidental" (*).

La proclamación de la autonomía de la razón en materia política y moral no significa tan sólo el repudio de la experiencia, de las costumbres, de las tradiciones almacenadas por la humanidad durante el curso de su historia y en sus múltiples ensayos para acabar la obra de la naturaleza en el hombre portador de los impulsos originales que ella pone en movimiento en la medida de lo posible hasta el punto de su madurez y perfección. Dicha proclamación significa también que la cuadratura del círculo debe ser efectuada en estas materias, y es a esta vana, irritante e infructuosa tentativa a lo que la humanidad se dedica, desde hace dos y tres siglos, con increíble ceguera.

Efectivamente, se trata de hacer una sociedad, de construir una Ciudad con individuos dispersos y separados los unos de los otros, libres del todo y respecto a todo, y sin disponer para lograr este fin más que de su razón y de su voluntad subjetivas, privadas de las enseñanzas políticas y sociales que les suministraban la experiencia y la tradición. *Se trata de unir entre sí a los hombres partiendo de su misma desunión y conservándola intacta.*

Para lograrlo, no hay sino un solo medio, o mejor dicho, un subterfugio del que uno se pregunta por qué clase de fantasmagoría puede lograr engañar a nadie por poco sensato que se sea. ¡Para constituir una sociedad se pretende que basta sumar individuos!

(*) Cf. traducido al castellano por "La crisis de la conciencia europea", Ediciones Pegaso, 2.ª ed., Madrid, 1952.

Mas como nadie suma manzanas a peras, hay que reducir previamente los individuos a un solo tipo de unidad. Esta operación se efectúa *mentalmente*. Nunca se dirá bastante que $1 + 1$ es una operación que no puede tener lugar más que en el seno de un idealismo y en un mismo idealismo. Si yo elaboro el modelo de una sociedad de seres humanos, todos igualmente razonables, ese modelo sólo puede existir en el seno de mi pensamiento individual, como todo pensamiento. Mi tipo de sociedad resulta pura y simplemente imaginario.

Igualmente lo serán las otras ideas del hombre que yo tomaré como unidad de medida y como principio de reunión de los seres humanos en comunidad: trátase de individuos definidos por su pertenencia a un mismo pueblo, a una misma clase, a una misma raza, la suma que yo efectúo con ellos y la colección en la que los reúno no trascienden los límites de mi cerebro.

Por ejemplo ¿qué sentido tiene la expresión, tan frecuente, de "la unión de todos los trabajadores"? ¿Qué especie de sociedad pueden formar entre ellos, el secretario general del partido comunista de Moscú, o de Pekín, que pretenden ser sus heraldos, y el intelectual de turno de *l'Humanité* o de *Témoignage Chrétien*, el metalúrgico de la Renault, el *docker* de Londres, el campesino del Vietnam? Su colección es pura y simplemente una ficción del ingenio apuntado hacia una sociedad que no existe en ningún sitio, ya que estos trabajadores no viven unos con otros ni tienen lazo real alguno entre sí.

La suma de los individuos en el seno de una misma colectividad, sea cual sea el signo bajo el que se reúnen, trátase de la nación en el sentido democrático de la palabra como del pueblo, de la clase, del proletariado, del hombre de color, etc., *es una representación mental que se efectúa en el cerebro de los intelectuales separados de la realidad, replegados sobre sí mismos, e incapaces de captar cosa alguna más que sus propias ideas.*

Las ideologías políticas y sociales que reemplazan a la experiencia desde hace dos o tres siglos son así: son *colectivistas* porque todas ellas son igualmente elucubraciones colectivizantes del ingenio. No tienen contenido alguno social, real, positivo y concreto. Son abstracciones huecas, vacías de substancia, rellenas de nebulosidad social. Lo colectivo es un *ersatz* de lo social y de lo político. Es un orden artificial que no reemplaza al orden natural de las comunidades fundadas en el nacimiento, si no es engañando a aquellos que seduce.

Todas las ideologías están obligadas a emplear este engaño para trascender al cerebro de quienes las forjan. La representa-

ción ideológica de la sociedad debe convertirse en religión, o más exactamente en mito e *idolatría contagiosa*.

Es la única forma de lograr que se transforme en realidad. *No hay otra. No puede haber otra*. Sin la predicación, la misión, la propaganda, sin la acción sobre la opinión por la palabra, la prensa, la radio, la televisión, sin los *mass media of communication*, la ideología es incapaz de persuadir al hombre que desde ese momento va accediendo a la sociedad y a la política que ella le ofrece para colmar sus aspiraciones. No es capaz de dominar la contradicción que la roe más que derramándose, de modo que llegue a ser universal. Cuando todos han caído en el engaño, nadie está engañado. Por ello, todas las ideologías son conquistadoras, imperialistas, totalitarias. Para no ser refutadas por la realidad, tienen que destruir toda realidad, de punta a punta. La quimera no tiene que tener ya nada natural, independiente de la voluntad humana alrededor de ella, para poder dejar de ser quimera. Nada debe quedar de la sociedad política basada en las comunidades de nacimiento, para que la "Sociedad" propuesta no se revele *ipso facto* ser *disociedad*. ¿Cómo lograrlo si no es erigiéndose en *absoluto*, proclamando la ideología *ortodoxa*, transformando la colectividad mentalmente edificada en *divinidad*?

Estamos en presencia de un episodio de la historia de la humanidad que no tiene analogía en el pasado. La política se convierte en una colección de dogmas y creencias, es objeto de un culto que exige testimonios de amor, de fidelidad, abnegación y adoración. Exige innumerables sacrificios humanos, ofrendas abundantes, frecuentes holocaustos. Pensemos en las decenas de millares de seres humanos inmolados a los grandes Molochs ideológicos de nuestro tiempo, en las prodigalidades y fabulosos gastos hechos para el prestigio de los regímenes ideológicos, en las fantásticas destrucciones de bienes materiales y culturales que les preceden. Hasta la magia es recurso válido para las ideologías: pues si no es así: ¿cómo se explica, a no ser mediante una especie de taumaturgia a la que se atribuye el poder de conseguir la felicidad, que se conceda la democracia a los pueblos emancipados de la "servidumbre" colonialista?

Sin la "mística" (y sin la mixtificación que le acompaña siempre cuando no tiene un origen sobrenatural), la política de los dos últimos siglos es ininteligible. Incapaz de relacionar a los hombres entre sí a nivel de lo real, tiene que aglutinarlos en esta especie de sociedad imaginaria, caricatura del Cuerpo Místico de Cristo o de la Iglesia, que es lo colectivo. Igual que la Fe de la que es sucedáneo laico hasta la raíz, la ideología de *non visis*

trasciende a toda crítica y todo control. Mas a diferencia de la gracia *quae non tollit naturam*, que no destruye la naturaleza sino que la eleva, la ideología la *aniquila*. Nada más ruinoso para la naturaleza del hombre que la caricatura de lo auténticamente sobrenatural.

4) Poco cuesta adivinar en qué se convierte la educación política en un clima tan saturado de ideología como el de nuestra época. Puede resumirse en dos fórmulas: primeramente es un "lavado de cerebro" (debe ser expulsado todo vestigio de tradición o experiencia, pues estas podrían permitir la verificación y engendrarían incredulidad); en segundo lugar, es un "atiborramiento de cabeza" (el ser humano, desembarazado de los impulsos originarios de su naturaleza, no es sino una máquina, fácil de dirigir mediante la oportuna inoculación de las dosis ideológicas apropiadas).

El Estado, que se constituye en las arenas movedizas de la *disociedad*, no tiene más expediente que el de erigirse en "Iglesia" para poder mantenerse, proveyéndola de la correspondiente "Profesión de fe" apropiada a la unidad de medida adoptada para aglomerar a los ciudadanos con una cierta homogeneidad. Este *credo* puede oscilar desde el más complaciente liberalismo hasta el dogmatismo más monolítico. Está presente en todas las estructuras del Estado moderno y penetra todos sus sistemas de educación.

El *laicismo* del Estado moderno no proviene en modo alguno de la naturaleza misma del estado que completa la naturaleza social del hombre y que es *laico* por definición. El laicismo del Estado moderno es *religioso*. Esta es su paradoja inextirpable, fruto de la contradicción esencial propia de toda "sociedad" basada sobre la adición de los individuos en una colectividad, y que sólo puede superarse en el nivel religioso donde reaparece bajo otro aspecto. Expulsada la contradicción, vuelve a presentarse inmediatamente. No se logra superar o ignorar la naturaleza sino recurriendo a lo sobrenatural, pero, lo sobrenatural aquí, se naturaliza enseguida y se imanentiza en los seres humanos individuales sustituyendo en ellos a su naturaleza social.

Se mire como se mire, la democracia, liberal o comunista, que cubre hoy la faz de la tierra es un sobrenaturalismo naturalista o un naturalismo sobrenaturalista. No logra resolver la antinomia de su origen, que se resume en un círculo cuadrado que es la religión del hombre, la teología de la humanidad: el individuo sólo puede formar sociedad con otro individuo si uno de los dos es perfecto, o sea si es Dios. Rousseau y Marx lo vieron claramente: sus sistemas se dirigen a "un pueblo de dioses".

La enseñanza ideológica propagada de este modo por el Estado moderno puede ser: laxa o estricta, difusa o maciza, tolerante o sectaria, larvada o continua, pero penetra por doquier mediante instituciones que enmarcan la vida del hombre desde su nacimiento hasta la muerte y con todo el poder de impregnación que le confiere el totalitarismo de la política contemporánea. *Es una simple cuestión de cantidad, en más o en menos.* Las democracias más dulces pueden virar de la noche a la mañana hacia el fanatismo más sangriento en materia de ortodoxia política, y hacia el monismo cívico más inflexible, negándose a toda concesión de hecho o de derecho.

Efectivamente, este sistema posee en su arsenal la posibilidad de transformar su poder relativo en poder absoluto. Si todos los poderes residen en la nación: el poder de educar a los ciudadanos y de conformarlos al mismo mundo ideológico le pertenece en primer lugar, ya que se trata de sustituir la educación que proveen las comunidades naturales y que todas las naciones modernas han reducido a porciones congruas.

Un país como Bélgica, reputado por su liberalismo acaba, de repente, de ceder al sectarismo lingüístico más virulento quitando al padre de familia el derecho a educar a sus hijos en la lengua que él quiera y montando así, por desgracia, con la aprobación por la tática de la jerarquía local, un nuevo derecho, el *ius soli* flamenco, territorialmente definido por una frontera dentro de la cual sólo puede habitar una población administrativa, juzgada, dirigida e instruida en lengua flamenca, o sea, sometida en todo acto público al régimen lingüístico exclusivamente *neerlandés*. El derecho natural más elemental queda así negado hasta sus raíces.

En un país tan católico como Polonia, los seminarios han de contener cursos *obligatorios* de marxismo para los futuros sacerdotes. Pueden citarse así centenares de ejemplos análogos en otros países. Desde el momento en que lo decide "la nación" cualquier cosa puede ser lícita o ilícita, el bien puede mudarse en mal y viceversa. Sólo "la nación" determina hoy lo que aún ayer era definido por la complementariedad de la naturaleza y de la educación.

En un clima tal, en el que los valores normales quedan sometidos a pura arbitrariedad, la *razón de Estado* tiene primacía.

Con una ingenuidad y una ceguera sin igual, nos creemos que la razón de Estado desapareció definitivamente. Nunca fue tan poderosa. Es incluso la única razón, y la única razón de ser del Estado moderno, y no nos cansamos de repetir que el Estado mo-

derno no siendo ya más que una figura sin contenido alguno, al no tener sociedades naturales ni sociedad política que lo sostengan bien, que lo limiten, realiza, en sí mismo, la forma suprema de la Razón soberana que puede y debe imponerse a toda razón particular y que ha de determinar todos los comportamientos en función de su sola esencia y de su sola existencia: "El Estado convertido en Amo en lugar de Dios" es la más obvia evidencia, de la que tratamos de escapar porque la encontramos a la vez intolerable e ineluctable. Nunca jamás, el ser humano se ha encontrado tan inerme, inválido y vulnerable como hoy ante el Estado que le estrecha por todas partes sin posibilidad para el hombre de acudir al menor recurso en una instancia superior.

La experiencia prueba que, sin la protección viva de unos usos y costumbres en las sociedades naturales, el individuo no tiene derecho alguno que le sea inmediata y espontáneamente reconocido. Pese a todos los "derechos del hombre", cuya universalidad hemos visto proclamar con banda y tambores, el Estado no ha abdicado en ningún sitio de su facultad de decidir soberanamente en materia del bien y del mal y de su trascendencia en relación con la ley natural y a los preceptos generales inmutables de conducta que ésta prescribe. Se podrían citar aquí ejemplos abundantes. La misma expresión "convención de los derechos del hombre" indica en qué medida el derecho natural *ha cedido su lugar a un derecho positivo*, del cual el Estado soberano determina siempre su pertinencia y su aplicación en función de su razón de Estado.

Es ostensible que en tales condiciones, el Estado moderno no es ya "neutral" y que no puede serlo en manera alguna. La neutralidad del Estado es una de esas numerosas ficciones que embarazan a nuestro mundo. Efectivamente, el Estado moderno siempre *toma posición o partido*. Siempre está ocupado por una u otra de esas coaliciones de individuos que habiéndose apoderado de las palancas del mando tienen como único fin la satisfacción de sus personales intereses.

Poco importa, o mejor nada importa, que los clanes instalados en el poder se sucedan en él, o bien que haya uno de ellos permanentemente instalado. Poco o nada importa que bajo esos partidos o ese partido (ejercientes del poder real) estén disimulados grupos de presión o un "gang" de individuos que ejerza el poder real. El único punto que hay que subrayar aquí es que el Estado moderno es el lugar geométrico de las voluntades de poder que se han de manifestar infaliblemente en toda disociación. El Estado moderno tiene una moral: la de la voluntad de po-

der. Lo demás es decoración, el comunismo igual que la democracia.

Es imposible que suceda de otro modo: El Estado que domina desde lo alto a una disociedad, detenta un poder ilimitado, ese poder ilimitado desencadena las apetencias; cábalas, intrigas, ligas, campos y coaliciones se montan para satisfacerlas apoderándose del Estado; la "moral" de ese Estado no puede ser sino la del éxito; la razón del más fuerte resulta ser siempre la mejor; pero puesto que el más fuerte aspira a consolidar el poder que ha conquistado, acude a una moral de cobertura que justifica su conquista. No hay ni una sola fisura en esta concatenación de observaciones. El Estado moderno es una combinación de *Cartouche* y *Tartufe*.

Basta abrir los ojos para ver qué clase de educación política resulta de esta política: lo arbitrario rige las conductas (aun allí donde haya la dictadura de un partido único, hay que saber cambiar rápidamente el arma de un hombro al otro, adivinando las intenciones del grupo que, instalado en el poder, va a ejecutar el giro indispensable para la conservación de ese poder) y, allí donde lo arbitrario queda implantado, se establece la inseguridad psicológica y moral para el ciudadano.

El Estado moderno prodiga con su ejemplo la educación que favorece en mayor grado la incertidumbre, la infidelidad a una línea de comportamiento, la palinodia. Si es cierta la fórmula de Tung: "la vida no vivida engendra la neurosis", el Estado moderno, que no vive ya vida social auténtica, es una neurosis gigantesca que se extiende contagiosamente a los individuos englobados en sus instituciones y que aquél desequilibra. La seguridad psicológica y moral es el fruto de las sociedades naturales que por serlo, estabilizan los comportamientos y permiten su previsión.

Por esto, el Estado moderno es por el hecho mismo y, en virtud de la contradicción que le constituye, el mayor proveedor de tranquilizantes del mundo. No es por azar que inventó la Seguridad Social. Es para mantenerse como Estado en la revolución social permanente de la que es superestructura. No es por puro azar que en la moderna disociedad ha aparecido la ciencia y la técnica de las "relaciones humanas" y hasta ese "arte de hacer amigos". Es para que esta disociedad pueda escapar a sus propias consecuencias y retrasar su desaparición.

Finalmente, toda la evolución del Estado y de la disociedad moderna *hacia la tecnocracia* se explica del mismo modo: las minorías rectoras que se hallan a la cabeza de los países víctimas de

las ideologías colectivizantes, no tienen más medio de gobierno que la excitación crónica de los ciudadanos; la cual, privándoles de su razón, los transforma en *robots* librados a manos de los manipuladores de la propaganda, o bien, en forma equivalente y combinándola siempre con ese primer proceso, la instauración de "estructuras" rígidas que aprisionan al hombre desde su nacimiento hasta la muerte, reemplazando las instituciones naturales anemizadas, extinguidas o evacuadas, para engranarle en los rodamientos metódicamente revisados y engrasados de la gigantesca máquina estatal. El conocimiento de los mecanismos que rigen el comportamiento y los reflejos elementales de la humana marioneta, mecanismos que se disparan automáticamente cuando la marioneta es privada *de su razón nutrida en la experiencia*, ha sido hoy suficientemente desarrollado para permitir la manipulación de los ciudadanos mediante técnicas análogas a las empleadas por un ingeniero que manipula cosas materiales y las somete a sus directrices.

Así, la disociedad actual se divide cada vez más en dirigentes y dirigidos, "los que saben" y "los que no saben", o mejor dicho, los que tienen la ciencia del manejo y los que no la tienen, de eso que el Estado moderno, ante el asombro de nuestros ojos, está convirtiendo en la "técnica de las técnicas", en la "función de las funciones", o admitiendo una expresión menos elegante, pero que traduce a menudo una situación por lo demás real, en el "tinglado de los tinglados".

Exactamente, como en época de los sofistas griegos, pero con una amplitud que la sociedad griega desconoció, la política se convierte en una técnica que puede ser aprendida, que no tiene ningún misterio, que es perfectamente transmisible de cerebro a cerebro. Nunca exploraremos bastante el sentido último de esta constatación vanal que cualquiera puede efectuar: "En el mundo actual *la instrucción reemplaza cada vez más a la educación*". El político de antaño, experto ahora en las triquiñuelas del oficio se vuelve técnico de la fábrica social o recurre a técnicos que le proponen soluciones "científicamente valederas" para los problemas que aparecen. A su vez, el técnico de la fábrica social, formado en Escuelas y Facultades, rectificado periódicamente por "reactualizaciones" apropiadas, accede a los más altos cargos del Estado.

Y así se construye una sociedad artificial. Así se elabora en los cerebros de los filósofos, sabios, sociólogos, economistas y juristas. Los que la han dibujado sobre el plano disponen de ella a su gusto. La conocen porque ellos la hacen. Nada en ella les es

desconocido porque es obra suya. La claridad de esta sociedad artificial expulsa todas las oscuridades y todos los imprevistos que gravan las sociedades naturales. En esta sociedad a hacer, cada cual tendrá su lugar garantizado. Los técnicos de la máquina social se afirman capaces de adaptar al hombre, en todas sus actividades y hasta en su conciencia personal, al mundo exterior tecnizado, poco más o menos como un mecanismo queda articulado a otro mecanismo.

De este modo será resuelto el problema social. Una sociedad que nada tenga natural, y construída según los cánones de la técnica, podrá encontrar siempre una solución técnica en caso de avería o accidente. Llega el tiempo en que tales eventualidades podrán ser eliminadas por cálculo de ordenadores electrónicos y hojas perforadas. Esta será una "Ciudad feliz" con "ciudadanos felices".

Esta sociedad tecnocrática que está siendo construída ante nuestros ojos y que intenta reemplazar la disociedad nacida en la descomposición del Antiguo Régimen se funda en dos pisos superpuestos: la masa pasiva y la nueva aristocracia de los técnicos activos. La opinión pública se vuelve extremadamente dócil entre las manos de los especialistas competentes. La información que algunos consideran que es la salvación del régimen democrático, será tratada por ellos, desde ahora, de forma tal que logre corresponder al mundo ideal del ciudadano, que las minorías dirigentes del Estado imprimen en la mente de todo individuo sometido a su jurisdicción. No hay ya noticia que no pueda ser impregnada de la ideología triunfante o en vías de triunfar. El Estado moderno dispone en la información de una técnica de educación política inauditamente eficaz.

Todo esto exige saber y maña. Volvemos al arranque de nuestros diagnóstico: el reinado de los Intelectuales, empeorado con una eficaz disposición técnica verificadora del saber y de la maña: *el Diploma*.

Para penetrar en la *Intelligentsia* y tener un lugar, cualquiera, en los cuadros subalternos, medianos y superiores, hay que poseer la prueba, debidamente controlada mediante un sistema de exámenes, no de la facultad que se posee de penetrar en lo real y de comportarse como hombre, sino de la facilidad adquirida para manejar ideas y cosas, para poner en práctica métodos, procedimientos, recetas ya probadas. Los imponderables, cuya importancia era capital en la antigua educación política para la que las comunidades naturales preparaban esos elementos invisibles y, a veces, infinitesimales como el carácter, la vocación, el don, la

disposición mental, el honor, el sentido moral y estético, etc., resultan hoy relegados a la trastienda.

La flor y nata social y política se recluta y valora en función de sus aptitudes técnicas: la sociedad artificial, de la que es a la vez causa y efecto, no permite la intervención de otro criterio. El santo, el genio, el héroe, el sabio, cuyo papel era capital pocos años atrás, para la educación social y política, o sencillamente, el espíritu libre y el creador en un tema cualquiera, ya no ejercen sino ínfimas influencias. *La sociedad entera está cayendo en el lado del Diploma y el Mandarinazgo.*

Pero el reino de los Intelectuales etiquetados es un reino irrisible.

Tal como lo mostraron Charles Maurras, en *L'avenir de l'Intelligence* y Charles Péguy a lo largo de toda su obra, la ascensión de la clase de los Intelectuales es acompañada siempre de su degradación de estilo merovingio en beneficio de los alcaldes de palacio que ocupan "la sala de máquinas" del Estado a principio del siglo xx.

Lo que es cierto para los reyes de la opinión por lo Escrito y por la Palabra es más cierto todavía para los sabios, técnicos, expertos y diplomados que pretenden tener en exclusiva la misma realaleza, pero que son hechos siervos por el Estado moderno, tal como lo enseñó el ejemplo de los físicos.

El Estado de fin de siglo y los deseos de poder que lo acaparan no abdican ante los Intelectuales que construyen el simulacro de sociedad en el que nos hallamos. Se atribuye la regencia de esta transformación, obrada por la ciencia y por la técnica. Aun ayer, aseguraba el bien común de una sociedad natural, relativamente estable, cuyos órganos funcionaban sin roces. Hoy, examina, inspecciona, verifica, admite o deshecha todos los cambios que se obran en la sociedad fluida engendrada por las novedades científicas y técnicas.

Esta sociedad de estilo funcional se prolonga en un Estado de funcionarios. Los ciudadanos se convierten directa e indirectamente (por ejemplo, con el impuesto que engulle un tercio o la mitad de un año de trabajo) en funcionarios del Estado. La palabra de Péguy ya no es cierta: "Hay quien está delante de un despacho y quien está detrás de él". Todos los que "están delante" se esfuerzan desesperadamente para pasar a "estar detrás". La desnaturalización constante de la sociedad les llena de angustia. Apelan a un Poder público trascendental que logre disciplinar los mecanismos que ellos mismos pusieron en marcha al renunciar a sus comunidades naturales. Ellos aspiran, con estu-

pidez históricamente inédita, a curar el daño con más daño, mediante la intensificación y la universalización del daño.

Así se endereza por encima suyo la gran divinidad de nuestro tiempo: el Estado Providencia que pretende asegurar la felicidad de los hombres convirtiéndoles en funcionarios que, a cambio, le aseguren a él la supervivencia y la inamovilidad de los mandamases que se albergan en él.

5) Esta es la forma de educación política que segrega el Estado sin pudor, a la vista de todos los ciudadanos.

Puesto en limpio, esto significa que asistimos a una carrera contra reloj entre el Estado unido a las voluntades de poder que lo colonizan, y el parasitismo de las masas cuya subjetividad nunca puede ser saciada ya que la desaparición de las comunidades naturales la dejó sin meta.

No es tan solo el destino del hombre en su aspecto de animal político y social el que es así atacado con el derribo de la educación tradicional, *sino que es el ser humano entero en cuerpo y alma*. Y por eso, el *aggiornamento* de la Iglesia hacia un tipo semejante de sociedad artificial e inviable nos aparece como un peligro terrible —que algunos, falsamente, preconizan como propuesto por el reciente Concilio— la reconciliación del poder espiritual con el poder temporal *de hoy* es, a nuestro parecer, la muerte misma de la Iglesia y la transmutación del Cuerpo Místico de Cristo en herramienta de colectivización. La gracia no germina más que si las condiciones de la naturaleza se respetan. La simiente no crece encima de la piedra.

Ante tan grave situación —tocar al animal *político* es tocar a la diferencia específica del hombre— sólo queda, a mi ver, una actitud posible: volver a empezar. *Cada cual en lo que le toca*, en nosotros mismos y en nuestros hijos, en las comunidades naturales en las que vivimos y que subsisten pese a todo y a todos, mediante nuestro esfuerzo personal, a pesar de todas las amenazas, heridas y odios sufridos, empezar por ahí, en el tajo inmediato, la inmensa labor de verdadera educación política que la naturaleza nos impone y que sólo se dibuja en aquellas comunidades *mediante nuestra colaboración*. La salvación de la humanidad está pendiente de la *iniciativa privada* de unos cuantos hombres que, con la práctica de sus *deberes de estado*, mantendrán viva y transmitirán a sus hijos y a las futuras generaciones las virtudes que son necesarias a la Ciudad para no convertirse ni en feria ni en termitera. Volviendo a las humildes realidades reguladoras cuyas comunidades naturales tienen el cuidado de que nuestra acción engendrará una comunidad política que no sea engaño o decepción.

¡Pobre deber de estado, horriblemente desconocido, terriblemente despreciado! Por él y en él, sin embargo, se culmina la obra de la naturaleza en nosotros. El deber de estado nos conmina a perfeccionar lo que la naturaleza esbozó. El es la participación más íntima que existe, en la Creación y en el Creador. El deber de estado *que depende de nosotros*, de cada uno de nosotros, a nuestro entendimiento y voluntad individuales, es el que da cuerpo y consistencia a cuanto nos viene de la naturaleza y de Dios autor de la naturaleza, y *que no depende de nosotros*. Traduce en nosotros el deseo del Creador. Es con la Gracia que proviene del Salvador, aquello que nos hace comulgar con Dios. No más que Dios, él no vacila. Está seguro. No engaña. No se engaña a sí mismo.

El deber de estado sólo nos pide nuestro asentimiento personal, y nos da el ciento por uno de lo que damos. Magnífica nuestra libertad de forma inimaginable. Pues nadie tiene autoridad para deshacer el orden del derecho natural y sustituirse a nosotros en esta cuestión: *Net aliquiis debet rumpere ordinem juris naturis*, proclama enérgicamente Santo Tomás (IIa IIae, qu. 10, art. 12, ad. 2). Lo que nos hace libres es la obediencia al deber de estado.

Ningún ser de este mundo puede robarnos esta libertad, *mientras la ejercitamos*. Y podemos ejercerla *siempre*, sean cuales fueran los obstáculos. Todo está al alcance de nuestra mano, o de nuestro corazón, en cada instante: familia, amistades, empresa, oficio, profesión, patria chica y grande. ¿Qué poder temporal o espiritual podría obligarnos, sin hacer explotar su propia tiranía, a falsear los primeros impulsos que nos imprime la naturaleza mientras nos limitemos a llevarlos a cabo con toda la experiencia que los siglos acumulan detrás nuestro? Ocupamos en esto posiciones inexpugnables. Las comunidades naturales son nuestros cuerpos en extensión, prolongan nuestro cuerpo y nadie puede arrancárnoslas totalmente ni prohibirnos ejercer en ellas una acción, si no es quitándonos la misma vida.

Si el tiempo, las fuerzas y el dinero consagrados a lo que llamamos "la acción católica" se hubiesen gastado en revigorizar las comunidades naturales no veríamos hoy la política, el Estado y el Clero en crisis como están. Una educación social y política conforme con la naturaleza de las cosas hubiera *desmitificado* las mentes. Los sueños y mentiras de la Revolución y de la Evolución estarían desvanecidos. Los clérigos evangelizarían a los hombres. No se vería a algunos de ellos agotarse en una infructuosa tentativa de anudar diálogos con caricaturas de seres huma-

nos y transformar con ello a sus sacerdotes en caricaturas de sacerdotes.

Si adoptamos esta decisión de actuar en nuestras comunidades naturales, formaremos gota a gota este profundo mar de la privado del que Péguy nos habla, y en el cual surgirá la Ciudad de los hombres.

A este lento, oscuro y paciente trabajo, cuyo término no se alcanza a ver, estamos invitados. Pero sabemos por el Evangelio que las grandes cosas empiezan siempre siendo pequeñas.